

y siguientes, titulado «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración»<sup>3</sup>. He aquí algunos de sus párrafos, muy extractados:

[...] ¿Quién osaría negar la españolidad fehaciente de un Juan Ramón Jiménez o un Américo Castro, por no citar sino dos nombres egregios, los más ilustres en el orden de la creación poética y en el orden del pensamiento, respectivamente, entre quienes componen lo que se ha llamado la «España peregrina»? [...]

En unas bellísimas páginas de Juan Ramón Jiménez —«El español perdido», *Ínsula*, número 49—, mediante una delicada transposición de este temple serenamente melancólico al plano de una reflexión poética sobre nuestra lengua en su andar vivo, se nos cuenta la extrañeza de ver cómo el español de España se ha ido parando en años diferentes, los años en que quienes lo hablan salieron de aquí; y cómo luego continúa-se desarrollando, pero no ya por aquel viejo cauce, sino abierto y derramado por los muchos ríos del español de América. Juan Ramón Jiménez vuelve la mirada del recuerdo sobre su habla primera, [...]

A través de estas limpidísimas palabras de nuestro máximo poeta viviente, se nos hace patente esa misteriosa realidad que es el «destierro de la lengua». [...]

Juan Ramón Jiménez, viviendo en Norteamérica, se resiste, sin embargo, a hablar inglés. [...]

Hoy sabemos con cuánta exactitud supo adivinar el profesor Aranguren la situación espiritual del poeta desterrado, al que habría que llamar mejor deslenguado, si esta palabra no tuviese una connotación peyorativa. Pero el exilio de Juan Ramón padecía más de ausencia de su lengua que de su tierra.

El 5 de mayo de 1954 está fechada una carta de Juan Ramón, de la que reproducimos algunos párrafos que hacen al caso comentado:

Mi querido José Luis Aranguren:

acabo de recibir el número de los «Cuadernos Hispanoamericanos» que publica mi «Ideología», y veo, con sorpresa, que ha sido suprimida la dedicatoria, que decía, palabra más o menos (porque me quedé sin copia de ese orijinal): «A José Luis Aranguren, con agradecimiento y conformidad».

Yo no sé qué pensar del desagradable suceso, porque me parece inconcebible. [...]

Su carta, en cambio, me fue una sorpresa gratísima, porque me reveló lo que yo me imaginaba: su espíritu, noble y tranquilo, de un reino de paz y luz.

Me contenta pensar que usted supo por «ellos» de mi dedicatoria. [...]<sup>4</sup>.

Tal es la motivación de la nota añadida a mano en la última página de la nueva colaboración prevista para *Cuadernos Hispanoamericanos*, colocada en el margen izquierdo porque no quedaba otro espacio. Obsérvese que el poeta se autoinculpa ahí de la «confusión» que eliminó la dedicatoria a «este buen amigo». Sin embargo, la carta da a entender otra cosa.

Juan Ramón prefería no polemizar sobre el asunto, que zanjaba con esa nota y con la dedicatoria puesta a la nueva serie. De haber podido remitirla, probablemente habría hecho la advertencia de que esa vez no debía perderse la dedicatoria. Esta segunda es más generalizadora que la anterior según la recordaba en la carta.

<sup>3</sup> Aranguren recogió ese artículo en su libro *Crítica y meditación*, Madrid, Taurus, 1977, págs. 131 y ss.

<sup>4</sup> Cartas literarias, ed. cit., pág. 294.

## Muy claro y conciso

El original contiene tres indicaciones antes del título. En el margen superior izquierdo de la primera página está mecanografiada la palabra «IDEOLOGÍA», que fue el título de la serie aparecida sin la dedicatoria en el número 52 de la revista, según se acaba de comentar. Y también se ha dicho que es el título previsto por el poeta para el libro que recogiera sus aforismos, y así lo tuvo en cuenta el profesor Romeralo al organizar su edición.

Las otras dos indicaciones están manuscritas. La primera, situada hacia el centro del margen superior, dice «Series: crítica», con lo que deseaba recordarse a sí mismo, cuando preparase la edición del libro, que ese original contenía una serie de textos agrupables bajo el rótulo común de «Crítica». Varias colaboraciones suyas aparecieron con ese título; por ejemplo, las series de aforismos dadas a conocer en su sección «Con la inmensa minoría» en el diario madrileño *El Sol* en 1935 y 1936.

Por último, en el margen superior derecho se lee el destino preparado para la serie: «Cuadernos hisp<sup>s</sup>.», abreviatura de fácil identificación, pero que si planteara alguna duda quedaría resuelta inmediatamente con la nota final acerca de la dedicatoria fallida en su colaboración anterior en la revista.

Sigue después el título de la serie copiado a máquina en letras mayúsculas, lo mismo que cada uno de los títulos de los aforismos: «RESPUESTA CLARA Y CONCISA», alusión a una serie anterior de la que debemos decir algo ahora por su referente obligado.

En 1935 hizo imprimir Juan Ramón veinte hojas sueltas con escritos suyos en prosa y en verso. En la primera sólo figura como título una gran «I.», inicial de «Inéditos» y su abreviatura para quienes lo supieran, que no eran ni son aún todos los lectores. A esta colección se la denomina a menudo «Hojas», porque lo son, pero no es tal su verdadero título. Con esa publicación adelantaba su obra inédita en tanto aparecían los volúmenes de la completa: el primero, *Canción*, estaba entonces en la imprenta.

La hoja número 13 se titula «Respuesta concisa», y contiene siete aforismos escritos en 1934, esto es, veinte años antes que los de la serie compuesta en Puerto Rico. Cada aforismo lleva a su vez un título indicativo de los personajes a los que envía su respuesta: el ladino, el escandalero, el envidioso, el sotanista, el plebeyo, los logrerillos y el topiquista español.

En esta última serie que redactó añadió otro adjetivo al título, por lo que su respuesta no sólo iba a ser concisa, sino también clara. Sin embargo, en este caso los aforismos no van dirigidos a personajes característicos, salvo el segundo, que está dedicado «A ALGUNOS DE MIS CENSORES,/ con el posible comedimiento», en título y subtítulo corregidos, ya que la escritura a máquina sólo dice «A MIS CENSORES,/ con el posible respeto».

Los demás contienen respuestas, aunque generales, o preguntas sin respuesta, según leemos en el primero, que deja cuatro interrogantes pendientes de contestación, sin duda para que cada lector ponga la suya o suyas.

## Temas y personajes

Por lo que respecta al contenido, pueden agruparse en cuatro temas principales: la poesía, abordada en los números 1, 3, 5, 6, 8, 10 y 13; la religión, comentada en los números 6, 7 y 12; cuestiones sociales, tratadas en los números 4, 9 y 11, y los autorretratos o autocríticas de los números 2 y 14.

Menciona a 47 escritores: Aleixandre, Azorín, Baroja, Bartrina, Baudelaire, Bécquer, Benavente, Bowra, Campoamor, Rosalía de Castro, Dante, Darío, Espronceda, Ferrari, Gabriel y Galán, Ganivet, García Lorca, Garcilaso, Goethe, Góngora, Gracián, Guillén, Hardy, Heredia, Juan de la Cruz, Laforgue, Larra, Loisy, Antonio y Manuel Machado, Maeztu, Mallarmé, Martí, Gabriel Maura, Menéndez Pidal, Neruda, Núñez de Arce, Ortega, Reina, Rimbaud, Rueda, Teresa de Jesús, Unamuno, Valle-Inclán, Vallejo, Verlaine y Villaespesa. Además se refiere al *Poema de mío Cid*, el romancero y diversas escuelas. Como se ve, una nómina vastísima y variadísima, en la que dominan los poetas, pero no faltan novelistas, dramaturgos y ensayistas.

Las preferencias juanramonianas quedan también claras: Unamuno, a quien consideraba el primer poeta español contemporáneo, al lado del nicaragüense Rubén Darío como reformador de la lírica nacional, está citado en cuatro aforismos, y Juan de la Cruz y Antonio Machado, otros poetas predilectos, en tres. Insistimos en que la cantidad de alusiones se ciñe a los aforismos, sin contar las veces que sean nombrados en ellos.

El que hemos calificado de microensayo, «Modernismo», como es lógico, congrega a la mayor parte de esos escritores. Es un resumen, claro y conciso, del movimiento estético al que pertenecía el propio Juan Ramón, y en el que participó decisivamente desde aquel mes de abril de 1900 en que se instaló en Madrid por primera vez.

## Algunos errores

Decimos la fecha para corregir un error declarado en ese aforismo: «Cuando yo llegué a Madrid en 1898», dice el poeta en el sexto aforismo. Sin embargo, siempre había asegurado que el primer viaje a Madrid lo realizó en abril de 1900, a sus 18 años, llamado por Villaespesa mediante una tarjeta postal firmada también por Rubén Darío. Es lo lógico, dada la edad del

poeta, y lo que está documentado. El tiempo desordenó su memoria, y le hizo adelantar en dos años su viaje cuando lo evocó 54 años después.

Hay otras citas que conviene ajustar a la realidad. Pero debemos tener en cuenta que Juan Ramón exponía unos pensamientos propios en estos escritos, sin pretender hacer en ellos crítica literaria estricta, aunque de hecho la hiciese.

Actuaba así como norma de conducta habitual. Desde luego, se refería en sus recuerdos y comentarios a circunstancias o datos que consideraba verídicos, pero si no los confrontaba podía equivocarse él mismo, y en consecuencia despistar a sus oyentes o lectores. Es sabido que no le gustaban los poetas profesores, como lo es que sus clases universitarias resultaban muy distintas de las impartidas por los catedráticos oficiales, y también que los estudiantes preferían sus charlas a las lecciones magistrales.

En el décimo aforismo cita unos poemas de forma incorrecta. Es decir, sus títulos aparentes no son exactos, pero un lector enterado de la poesía es capaz de reconocerlos en seguida. No obstante, vamos a precisar de qué textos se trata, con objeto de entender el método juanramoniano de las citas propias y ajenas.

La «Canción del alma» de Juan de la Cruz ha de referirse a las «Canciones del alma» que resumen la *Subida del monte Carmelo*, y que suelen ser conocidas más bien como «Noche oscura». La rima becqueriana designada como «Con mi dolor a solas» es la número 52, sin título como todas las del *Libro de los gorriones*, que empieza con el verso «Olas gigantes que os rompéis bramando» y termina con esta exclamación: «¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme/ con mi dolor a solas!».

También carece de título el poema de Unamuno aludido en ese aforismo por su estribillo «él flotando en las aguas»: es el número 278 del *Cancionero*, que empieza con el verso «El armador aquel de casas rústicas», y va precedido de tres referencias bíblicas. Lo usual es mencionar los poemas sin título por su primer verso, pero Juan Ramón lo hacía por el verso más llamativo para él, sin importarle en qué lugar del poema se hallara situado. Y el machadiano «Muerte de Abel Martín» carece del artículo que le coloca Juan Ramón en su laudatorio comentario.

Subrayemos, por si hiciera falta, que las cimas de la expresión lírica castellana se encuentran, en opinión de Juan Ramón Jiménez, en un romance de autor anónimo, Juan de la Cruz, Bécquer, Unamuno y Antonio Machado. Lo escribió a sus 72 años, a mediados de 1954, al culminar su vida intelectual, en coincidencia con lo que estaba diciendo y haciendo desde principios de siglo.

Porque aquel poeta de dieciocho años que llegó a Madrid en abril de 1900 llevaba en la maleta un libro titulado sencillamente *Nubes*; sus amigos

lo dividieron en dos, le impusieron unos títulos muy del momento, y manipularon los poemas a su gusto. Por eso el autor quiso destruirlos y no los mencionaba en su bibliografía. En 1902 publicó *Rimas*, en homenaje a Bécquer, y cultivó el romance popular.

## La respuesta diferida

Puede ser que el tiempo forme un círculo o que la eternidad esté presentificada, según quería Juan Ramón en concordancia con algunos filósofos contemporáneos. En sus últimos años volvió a retomar las creencias del principio, refiriéndonos a su vida intelectual activa. Han pasado cuarenta años desde que escribió y corrigió la serie de aforismos «Respuesta clara y concisa» para publicarla en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Pero no ha pasado nada.

En esa «hora ensanchada» en la que permanecemos, según él mismo descubrió, es posible realizar su deseo, en una especie de recuperación del tiempo perdido. No, no ha pasado nada, aunque el autor haya muerto, aunque hayan cambiado los responsables de la revista, aunque sea inconveniente añadir estas notas explicativas al texto original que permaneció ignorado durante cuarenta años.

Fieles a ese original, que hemos interpretado por cuenta y riesgo en algún pasaje dificultoso por sus muchos añadidos manuscritos, queremos reproducirlo tal como Juan Ramón lo dispuso. En consecuencia, no nos atrevemos a excluir los dos aforismos publicados en *Ideología* en versión exacta, el séptimo y el noveno de esta serie, sino que los dejamos en su lugar. Asimismo, copiamos las reiteradas menciones de ineditez (que en esos dos casos ya no son ciertas) y de datación. Con todo el respeto que merece cualquier autor, y con la devoción que nos inspira Juan Ramón por su pureza.

**Arturo del Villar**